

Representaciones del Estado colombiano y construcción de ciudadanía en los márgenes

Gabriel A. Ruiz

Universidad de Medellín

Abstract: Colombian State Representations and Citizenship Construction at the Margins

Based on ethnographic fieldwork done in a Colombian settlement of houses built on stilts (*palafitos*), this article studies what the form and significance are of being a citizen at the margins of the state. The peripheral forms used in the construction of citizenship, the legitimacy of certain social practices – oscillating between legality and illegality – that constitute the daily experience of state representation at the margins is examined. It is argued that the simulation of state power is more important than its actual practices at the margins, as this affects the reality that determines daily life there. It follows that the margins are not spaces where social processes have been curtailed because the state has not yet fully arrived, but are places in which these processes take place in the gaps allowed by the simulation of it. *Keywords:* Colombia, citizenship construction, citizenship at the margins, simulation of state power, social practices, anthropology of corruption.

Resumen:

El artículo, basado en un trabajo de campo etnográfico realizado en un poblado palafito colombiano, estudia la forma en que se le da sentido a la idea del Estado desde los márgenes. El texto examina las formas periféricas de construcción de ciudadanía y la legitimidad que tienen ciertas prácticas sociales, oscilantes entre la legalidad y la ilegalidad, que son las que constituyen la experiencia cotidiana de representación del Estado en los márgenes. Se argumenta que más que la realidad del Estado lo que tiene importancia en los márgenes es su simulacro, pues éste tiene efectos de realidad que determinan allí la vida cotidiana. Se concluye que los márgenes no son espacios que tienen detenidos sus procesos sociales porque el Estado aún no ha llegado, sino que son lugares en los cuales esos procesos tienen lugar a partir de los resquicios que deja el simulacro de aquel. *Palabras clave:* Colombia, ciudadanía, márgenes, simulacro del Estado, prácticas sociales, antropología de la corrupción.

“... No existen ni el Estado ni el individuo como entidades metafísicas; lo que se da realmente, es decir, históricamente, son procesos de estatalización e individualización.”
(Peñuela, 2011, p. 28)

Introducción: “No te vista que no vas”

Junio 5 de 2011, Nueva Venecia, Complejo lagunar de la Ciénaga Grande de Santa Marta, Magdalena (entrada en el Diario de Campo)

Hoy estuvo de visita el candidato a la alcaldía que es continuista de la actual administración. Cuando éste se fue, poco antes de que anocheciera, me quedé con dos pescadores, quienes ya acostumbrados a mi presencia, dialogaron entre ellos casi sin tenerme mucho en cuenta:

...

– Y siempre ha sido así, ¿por qué siguen quedando los mismos [políticos en los cargos públicos]?

A: Porque el pueblo aquí... aquí lo que hay es masoquismo, esto es masoquista. Una botella de ron y \$20.000 y ya van a votar.¹ A veces ni votan; los mismos políticos se marcan en el tarjetón.²

B: La gente no vota, legalmente la gente no vota.

A: Aquí la gente no vota nadie. No saben llegar al cubículo y coger el bolígrafo. Coge el político: “venga pa’ acá”.

B: Un negocio ahí.

A: Cuando fue alcalde el primer preso por parapolítica, Humberto Martínez, siete mil y pico de votos y nadie votó.³

B: El único candidato.

A: ¡Único candidato!

– ¿Era el único candidato?

B: Los paramilitares le decían a la gente: “no te vistas que no vas”.

Leibniz (2001 [1715]) enseña que cada sustancia simple tiene relaciones que expresan todas las demás y por tanto es un viviente espejo del universo. El estudio de los márgenes del Estado no revela sólo la imagen de un sector social periférico, sino que siendo ellas como ríos que atraviesan todo el organismo del Estado (Das, 2008), su observación nos permite conocer los límites funcionales de ese organismo, la forma cómo él es imaginado y hecho realidad a través de prácticas cotidianas sociales.

Entendemos aquí por márgenes, empleando los términos de Joel Migdal (2011), los lugares donde las prácticas del Estado no coinciden con su imagen.

Es decir, los márgenes del Estado son los espacios sociales (que bien pueden estar anclados a espacios geográficos concretos) donde aquel no es percibido (porque no funciona así) como un conjunto de elementos genéricamente integrados que actúan en conjunción entre sí (Migdal, 2011, p. 35). En su lugar, el Estado es percibido allí a partir de sus prácticas, esto es, del desempeño cotidiano de los organismos y actores que representan a ese Estado. En lugar de un concepto (la imagen), una práctica cotidiana.

Hablamos arriba de límite y nuestra imaginación traza una frontera, una línea que separa con claridad lo que es de lo que no. No es esa la imagen adecuada. El lugar donde la sociedad y el Estado se encuentran es oscilante y por tanto la idea de límite está aquí asociada a la de un espacio móvil que ora se expande, ora se contrae. Seguir las oscilaciones de ese espacio es el objetivo de este artículo, el cual es producto de un trabajo de campo etnográfico realizado entre febrero y septiembre de 2011 y entre marzo y abril de 2012, en la población palafita del corregimiento de Nueva Venecia, perteneciente al municipio de Sitionuevo en el departamento del Magdalena, costa Caribe colombiana.⁴

A ese poblado entró un comando paramilitar de ultra-derecha (perteneciente al bloque norte de las Autodefensas Unidas de Colombia) el 22 de noviembre del año 2000 y masacró a 37 personas, en desarrollo de la estrategia paramilitar de tierra arrasada con la cual consolidaron su poder en el país. La mayoría de los habitantes se desplazaron forzosamente después de la masacre. Casi todos los que se fueron regresaron pocas semanas o meses después, en un proceso de retorno voluntario. Hasta la fecha siguen siendo considerados desplazados forzados por el Estado y son objeto del sistema institucional de atención para esta población. Desde el retorno, numerosas fundaciones y organizaciones no gubernamentales han realizado también intervenciones en el poblado.

El simulacro del Estado: las ciudadanías arrojadas

La estructura organizacional que llamamos Estado no es una entidad fija que funciona desde un centro del que emanan formas de poder y de socialización; es un cuerpo que se construye continuamente al compás de unas relaciones de fuerzas que se interceptan, se interrelacionan, convergen o se oponen entre sí (Foucault, 1997, p. 59). Esas fuerzas no son sólo las del aparato burocrático estatal; también están conformadas por el sistema legal que busca garantizar los derechos ciudadanos y en general por el conjunto de relaciones sociales que configuran un orden particular (O'Donnell, 1993). Así, los sentidos que una comunidad construye en torno a la idea de Estado se basan, por una parte, en sus interacciones con las instituciones de este último; en los escenarios donde se cruzan con el sistema legal de aplicación de justicia; y en las propias prácticas cotidianas de organización de la vida social. Es esto lo que Joel Migdal ha denominado “el Estado en la sociedad”, donde el Estado se debe entender analíticamente como parte de la sociedad, no muy diferente de otras organizaciones sociales (Migdal, 2011, p. 75).

Ha existido en Colombia una discusión amplia acerca de la legitimidad del Estado y la estabilidad de sus instituciones políticas (Gómez, 2000; Blanquer y Gros, 2001; Gutiérrez Sanín, 2002; Posada-Carbó, 2003; Garay, 2008). Los argumentos varían, de un lado, desde la estabilidad del sistema democrático colombiano (la democracia más antigua de Latinoamérica la han llamado) hasta la cooptación de las instituciones del Estado por parte de estructuras criminales, del otro. No será éste un capítulo más en ese debate. No es la legitimidad política del Estado la que me interesa estudiar sino la forma en que el Estado se configura en sus prácticas y el tipo de ciudadanía que se configura en los márgenes. El objetivo es mostrar que es a través de prácticas grises (oscilantes entre la legalidad y la ilegalidad) como se ha experimentado allí el Estado, y no mediante el contacto con una entidad que, como dice Michel Foucault, en tanto unidad y funcionalidad rigurosa, no tiene tanta importancia (Foucault, 1991, p. 103). No es tan importante en el sentido de que aún sin su presencia, o mejor, aún con su presencia sólo en tanto simulacro (como se explicará más adelante) tienen lugar formas locales de construcción de ciudadanía que aunque parecen reflejar una disfunción del Estado, son de hecho muy funcionales en el territorio.

Más que el ciudadano moderno, es decir, el ciudadano que ha sido incorporado a un proyecto de nación a través de la reciprocidad funcional de derechos y deberes dentro de un marco de institucionalidad legal, es el ciudadano periférico el que ha desempeñado un rol crucial en la construcción localizada de la realidad política y social colombiana. Este ciudadano ha recibido distintas denominaciones en la literatura sobre el tema: Néstor García Canclini (1995) habla de “ciudadanías híbridas” para destacar la mezcla de elementos tradicionales y modernos en la constitución del ciudadano individual. María Teresa Uribe emplea el término “ciudadanía mestiza” para subrayar “las huellas y las improntas que comunidades, organizaciones societales, corporaciones y etnias han dejado en esta figura (la del ciudadano) central del mundo político moderno” (Uribe, 2001, p. 185). Guillermo O’Donnell (2004), por su parte, con la mirada puesta no sobre Colombia sino sobre toda Latinoamérica, emplea el término ciudadanías truncadas (o de baja intensidad) para referirse a un ciudadano que lo es en referencia a sus derechos políticos pero no con respecto a sus derechos civiles. Estas ciudadanías periféricas se han hecho cuerpo en las formas locales que diversas comunidades (con diferencias socio-culturales, étnicas, económicas) han desarrollado para vincular su devenir local a los flujos nacionales del poder.

A esas ciudadanías periféricas prefiero llamarlas aquí, por considerar que el término contiene una historia que de alguna manera contribuye a explicarlo, *ciudadanías arrocheladas*, rescatando así una expresión empleada en los orígenes de la vida republicana y que ahora ya ha caído en desuso. Arrochelados se les llamaba a los que habitaban en las *rochelas*, que era la forma en que eran conocidos los lugares que estaban alejados de la vida institucional, por lo general situados en medio de ciénagas o internados en las espesura de los bosques (Múnera, 2008). Las rochelas no se referían a lugares donde imperaba una vida

salvaje, sino a espacios que estaban al margen de la vida institucional vertical que se buscaba imponer desde Santa Fe (la capital de la naciente República) en la construcción de la nación.

Al hablar ahora de ciudadanías arrojadas pongo el énfasis precisamente en el hecho de que estas ciudadanías se construyen en los intersticios, no sólo de la nación en cuanto realidad territorial, sino principalmente en los profundos resquicios que el simulacro institucional del Estado ha dejado en los márgenes. Estos vacíos han sido ocupados por las figuras locales de poder: el líder comunal, el político clientelista, el gamonal, incluso el bandolero (Sánchez y Meerens, 2006). Todos ellos se han elevado en los márgenes no sólo como intermediarios entre las comunidades locales y las estructuras institucionales del Estado, sino como encarnación misma de las prácticas grises a través de las cuales se edifican las ciudadanías arrojadas.

Volvamos al diálogo de los dos pescadores con el que abrimos el texto. Se trata de dos hombres curtidos en su oficio que han vivido en el palafito toda su vida, más de cincuenta años el menor de ellos. No era la primera vez que los acompañaba en las conversaciones que solían tener al final de su jornada de trabajo. Esa tarde hablaban sobre las prácticas electorales de los habitantes del palafito. A medida que se acercaba la fecha de las elecciones regionales, puede observar numerosas conversaciones (a veces discusiones un poco más acaloradas) sobre el mismo tema.⁵ En la casa de la promotora de salud del palafito, donde yo me alojaba, era casi siempre este el tema de los que llegaban buscando sus servicios. Esto mismo lo escuchaba en cada una de las casas que visitaba por esos días al final de la tarde, mientras acompañaba a los pescadores y sus familias a “pasar la fresca”.⁶ En las tiendas de abarrotes, en las embarcaciones de transporte, en los billares, y por supuesto en las reuniones que actores sociales organizaban por aquellos días, no era el otro el asunto principal. En las semanas previas a las elecciones, básicamente había un solo preponderante tema de conversación en el palafito. Estas conversaciones no versaban tanto sobre los distintos candidatos y sus programas de gobierno, como sí sobre el dinero en efectivo que invariablemente fluiría en los próximos días.

Lo importante de esos diálogos informales observados, en aras de comprender las características de los ciudadanos arrojados y la forma en que el Estado se constituye en sus prácticas, es que permiten observar la manera en que estos ciudadanos trazan planes de acción de sobrevivencia a partir de lo que puedan obtener de las prácticas locales del Estado. Los ciudadanos arrojados del palafito no debatían sobre la ilegalidad de esas prácticas, sino sobre la forma de aprovecharlas para poderse situar en una posición ventajosa.⁷ En este sentido, la legitimidad social de las prácticas locales de materialización estatal depende de la capacidad de los actores del Estado (o de quienes aspiren a serlo) de insertarlas dentro de las estrategias de sobrevivencia de sus ciudadanos (Lambach, 2004, p. 6).

Es por esto que la época preelectoral constituye un momento privilegiado para observar el despliegue del “aspecto mágico del Estado” (Das, 2007, p.

183). Dicho aspecto es el que se hace presente en la vida cotidiana a través de las fisuras que el propio sistema tiene y que hacen parte constitutiva del mismo. Son, de hecho, esas fisuras las manifestaciones visibles de la magia del Estado. No magia en el sentido de trucos que engañan a ingenuos y pasivos espectadores (las comunidades locales), sino la magia del funcionamiento del Estado precisamente a través de su simulacro. En los márgenes se percibe con claridad el hecho de que el Estado es un proyecto siempre inacabado, siempre en una dialéctica de construcción y deconstrucción, que no alcanza a materializarse en esas márgenes de la forma en que teóricamente debería hacerlo (es decir, a través de instituciones modernas funcionales), sino que lo hace mediante la constitución de “zonas grises” (Uribe, 2001, p. 180) donde tienen lugar transacciones de mutuo provecho individual.

En su análisis sobre cultura y simulacro, Jean Baudrillard (1978) expone que la simulación no tiene ya nada que ver con ningún tipo de realidad (de la cual aquella era una representación, una imitación incluso) sino que ella misma es su propio simulacro. Añade que el momento crucial del paso de la representación al del simulacro se da “en la transición desde unos signos que disimulan algo a unos signos que disimulan que no hay nada” (Baudrillard, 1978, p. 14). En este sentido, podríamos observar que cuando las instituciones dejan de representar al Estado, es decir, dejan de actuar como manifestaciones locales tangibles de la presencia del Estado, y en su lugar sólo se ofrecen como expresiones vacías, como entes que se agotan en sí mismos y no representan nada por encima (o detrás) de ellos, entonces lo que tiene lugar es el simulacro del Estado. Lo relevante es señalar que para las ciudadanías arrojadas lo que importa realmente es ese simulacro del Estado (y no su “realidad”), pues es fundamentalmente a través del simulacro como éste opera. No es entonces que en los márgenes se de una ausencia del Estado; lo que tiene lugar es un simulacro permanente del Estado, un simulacro que es el que realmente importa, en el sentido de que es él el que produce efectos de realidad.

Las transacciones de las que hablábamos arriba hacen parte de este simulacro del Estado. Ellas tienen, de un lado, unos individuos que aprovechan su posición privilegiada dentro de la estructura institucional (porque tienen un cargo público; porque tienen las conexiones adecuadas; o porque tienen el poder económico para abrirse el espacio) y del otro unos ciudadanos arrojados que han aprendido que es sólo un inmediato beneficio directo el que pueden esperar de lo que de otra forma sería sólo una ausencia. La práctica del Estado no es la de una estructura racionalmente organizada y jerarquizada de la que puede esperarse razonablemente que procure el bienestar y adecuado funcionamiento social (esa sería su imagen), sino que es la de una fuente cuyo acceso directo está vedado y a la que por tanto hay que buscarle filtraciones para beber de ella antes de que se agote. Lo importante es entender que en los márgenes esas filtraciones no son una anomalía sino que cumplen una función importante de materialización local de eso que de otra forma sería sólo una abstracción.

Es en esas filtraciones donde encuentra su espacio de operatividad el clientelismo en los márgenes. Aquellos que controlan las redes clientelistas cumplen la función otorgada a los denominados “hombres fuertes” en la teoría del Estado de Joel Migdal (2011). Esto es: ofrecen efectivas alternativas de supervivencia a la población local, mediante la disposición de los recursos estatales a los cuales tienen acceso, bien de forma directa (porque tienen un cargo dentro de la estructura local del Estado) o bien de forma indirecta, a través de funcionarios que le deben su postulación al puesto que ocupan. Los hombres fuertes de las redes clientelistas tienen así control sobre la población local porque es a través de ellos como esta última puede acceder a beneficios inmediatos dentro de las prácticas estatales. Dice el propio Migdal que en sociedades que operan a través de redes locales de mutuo favorecimiento (que es una forma de definir el clientelismo), el control social está fragmentado y es heterogéneo, pero ello no significa que los ciudadanos no estén gobernados sino que los valores no provienen de un centro dominante sino que operan localmente y de forma simultánea diversos sistemas de justicia y de valoración social (Migdal, 1988, p. 39).

No es sólo entonces que las deficiencias estructurales en medio de las que los pobladores viven (ausencia de servicios públicos, de centros de salud, de espacios de recreación, de posibilidades reales de educación) determinen estrategias de supervivencia que tienden a naturalizar la situación, sino que la marginalización prolongada actúa también como una posición discursiva e ideológica (Poole, 2004) desde la cual las personas aprenden y refuerzan conceptos básicamente instrumentales (que se agotan en la inmediatez del beneficio directo) de lo que es la política, la justicia, el propio bienestar. Dicho en breve: en sus prácticas el Estado se materializa instrumentalmente para los ciudadanos arrojados y esto no representa una anomalía sino la forma *de facto* en que el Estado allí es asimilado. Es esto lo que me explicaba uno de los pescadores con el que pasé más tiempo durante el trabajo de campo, quien, de hecho, ya no pescaba sino que tenía un cargo de supervisión de pesca en la Ciénaga Grande. A este cargo había accedido precisamente gracias a contactos que lo conectaron en el puesto. En la conversación cuyo fragmento reproduzco a continuación me estaba explicando por qué se veían ahora a tantos políticos regionales rondando el poblado:⁸

Supervisor de pesca, entrevista personal, abril 26 de 2012

... el interés monetario mientras tanto ... antes aquí nadie venía a hacer política ... un solo señor y con ese solo señor varios se hicieron ricos porque nadie sabía eso, que la política era un negocio. Ahora la gente ya se ha dado cuenta de eso aquí. Hay personas – y me voy a meter yo también –, tienen un negocio de comprar y vender votos aunque no les den más nada sino comprar votos, ‘yo te lo compro por \$20.000’ [+/- 5 euros]. Entonces 100 votos a \$20.000, ¿cuánto da? Entonces ese tipo, que tiene 100 votos ya calculado, se presenta el gobernador: – ‘Señor, me han dicho que usted tiene

100 votos’ – ‘Sí, bueno, yo cuento con 100 votos’ – ‘Vamos a negociar esos votos, ¿cuánto quiere usted por esos votos?’ – ‘Dame \$10’000.000 [+/- 3150 euros] para llevarte a que te sientes por allá en la silla [en el cargo público al que aspira]’ – ‘Te doy \$8’000.000’ [+/- 2500 euros] – ‘Dame \$9’000.000 [+/- 2800 euros] y te pongo los votos’ – ‘Bueno, trato hecho’ – ¿Cuánto se ha ganado el hombre?

A través de estas transacciones clientelistas de mutuo interés particular es como se despliegan localmente las prácticas del Estado. La forma en que los ciudadanos arrojados se conectan a las redes estatales representa por ello una excelente oportunidad de acceder a la propia legibilidad del poder (Roitman, 2004), ya que es dentro de esa forma de ejercicio ciudadano donde tienen lugar las prácticas reales de estatalización, para emplear los términos de Víctor Peñuela referenciados en el epígrafe de este artículo. Es entonces en la brecha existente entre el andamiaje institucional de leyes y normas y el país real de las micro-prácticas clientelistas donde se encuentran las ciudadanía arrochadas y el Estado; donde este último es leído, paradójicamente, a partir de su propia aparente ilegibilidad.

Estas prácticas no son estáticas, por supuesto: fluctúan ellas y sus protagonistas. La fluctuación puede ser lenta, definida por el juego de intereses políticos y económicos regionales, o por determinantes poderosos que produzcan cambios potencialmente inmediatos. La violencia armada, por ejemplo, es uno de estos determinantes que tiene el poder para reconfigurar las prácticas de Estado que tienen lugar localmente, entre ellas las prácticas clientelistas. La violencia rompe lazos sociales pero produce formas locales de autoridad (Hansen y Stepputat, 2006, p. 296). Esta autoridad es, a su vez, importante para la práctica local del Estado, bien sea porque hay que aliarse con ella o porque hay que destruirla para lograr afianzarse allí.

El “solo señor” que hacía política en el relato del supervisor de pesca era quien controlaba las redes clientelistas del palafito. El cargo de inspector de policía del palafito “era de él”, lo cual significaba que era él quien decidía quién era la persona que ejercía ese cargo. Era él también el encargado de promover en el palafito el voto por un candidato particular a la Alcaldía y algún otro al Concejo Municipal. Ese hombre fue asesinado en la masacre paramilitar del año 2000. Hasta aquel momento, la guerrilla del Ejército de Liberación Nacional (ELN) tenía influencia en la zona. Esto no significa que los hombres fuertes locales necesariamente tuvieran vínculos con esa organización guerrillera, sino que ellos habían aprendido a moverse en las redes controladas o supervisadas por ella. La incursión paramilitar en la zona determinó un cambio en el ejercicio de soberanía que se reflejó también en cambios en los controladores de las redes clientelistas locales.⁹ No es entonces que las redes clientelistas desaparecieran sino que los hombres fuertes (los mismos de antes u otros que aspiraran a tal) debían aprender a estar conectados o al menos ser tolerados por los nuevos detentadores del poder armado en la zona.

Esta conexión la deben tener los hombres fuertes de las redes clientelistas pues ellos son los que ayudan, representan y se aprovechan de los pobladores locales, al tiempo que representan, simultáneamente y sin contradicción en la práctica, al Estado y a la trasgresión de las leyes de ese Estado (Hansen y Stepputat, 2006, pp. 305-306). Esto constituye lo que estos mismos autores, basados en Buur (2005), llaman ejercicios de “soberanía subcontratada” (*outsourced sovereignty*): funcionarios estatales o sus sustitutos en el ejercicio de prácticas de poder realizadas en los intersticios de las leyes y los procedimientos formales (Hansen y Stepputat, 2006, p. 307).

El Estado es entonces recreado a partir de estas representaciones y prácticas significantes locales, las cuales no son accidentales sino constitutivas de la propia institucionalidad (Gupta, 1995). No se trata de representaciones o prácticas en tanto desviaciones del normal funcionamiento institucional, sino que son ellas las que constituyen el escenario habitual donde la sociedad y el Estado se entrecruzan en los márgenes. Son prácticas que contribuyen a mantener el relativo orden social y político que se alcanza allí. El ejercicio de la ciudadanía arrojada consiste en saberse adherir a esas prácticas.

El espacio ondulante de estas ciudadanías con el Estado se ha dado a través de lo que aquí he llamado prácticas grises, es decir, procedimientos que o bien se mueven en el umbral entre lo legal y lo ilegal o bien son sencillamente ilegales pero gozan localmente de legitimidad social (la compra/venta de votos, por ejemplo, practicada abiertamente por numerosos habitantes del palafito, constituye un delito electoral dentro del código penal colombiano). Son prácticas percibidas como una forma alternativa de vincularse a los circuitos de funcionamiento de la estructura institucional, precisamente a través de las fisuras que ésta posee.

Legalidad y legitimidad no coinciden necesariamente en la práctica de ciudadanía de las comunidades arrojadas e incluso los propios representantes locales del poder político y social ven en esas prácticas grises una alternativa válida de abordar los problemas que afrontan las comunidades. Así como la efectividad de la ley se refleja en los innumerables hábitos y comportamientos que coinciden con las prescripciones de aquella y que son llevados rutinariamente a cabo (de forma consciente o no) por los habitantes de un territorio (O'Donnell, 1993, p. 1357), así mismo la distancia que hay entre la imagen y las prácticas del Estado está reflejada en la forma en que esos procedimientos grises están integrados en el ejercicio de ciudadanía en los márgenes.

La coincidencia de una comida compartida servirá para ilustrar lo anterior. Una tarde de junio de 2011, cuando me disponía a comer en la casa donde me hospedaba, llegó allí la comitiva del entonces candidato a la alcaldía de Sitio-nuevo, el señor Omar Díaz Gutiérrez, quien estaba en el palafito acompañando una brigada de salud enviada por la alcaldía. Aprovechando el ambiente relajado de la comida y el buen humor que parecía dominar la reunión (ya entonces se rumoraba que era un hecho que este hombre sería el seguro ganador), le pregunté por la campaña y por los planes concretos que tenía dentro de su pro-

grama de gobierno para los palafitos. Específicamente le pregunté si los habitantes de Nueva Venecia podían esperar que el centro de salud local volviera a funcionar durante su eventual administración municipal. Respondió que eso no le correspondía por ley al municipio sino al departamento. Indagué entonces si tenía pensado encabezar las gestiones ante la gobernación departamental para lograr la readecuación de ese centro. Su respuesta está enmarcada totalmente dentro de las prácticas grises de las que hablamos: eso era perder el tiempo – dijo – y básicamente lo que tenía pensado hacer era contratar unos trabajos de mantenimiento de la estructura física (lo cual sí le correspondía al municipio) por un valor “digamos de \$10’000.000 (+/-3150 euros)”, gastar uno o dos (millones) y utilizar el resto pagándole a un médico para que viniera cada tanto al palafito.

No se trata de indicar lo inadecuada (amén de su ilegalidad) que es esta solución (pues realmente no soluciona nada), ni de cuestionar si efectivamente pensaba llevarla a cabo o sólo se trataba de palabras de un político en campaña.¹⁰ Lo relevante es señalar el hecho de que existieran las condiciones para que pudiera ser planteada abiertamente como una alternativa. Las expresiones de aprobación de varias de las personas que departían aquella tarde son también un indicativo de que es a través de este tipo de prácticas (siendo la corrupción la que las condensa) como el Estado es imaginado y discursivamente constituido en los márgenes (Gupta, 1995).

Los poblados del complejo lagunar de la Ciénaga Grande constituyen un lugar de carencias físicas. Según datos de la Gobernación del Magdalena (2009), el 75,7 por ciento de la población de los palafitos no tiene ninguna cobertura de servicios de salud. Estas carencias existen no por la falta de presupuesto para suplirlas o por la ausencia de políticas oficiales de desarrollo, sino debido a que las propias prácticas del Estado que operan allí imposibilitan que los recursos se empleen para aquello que fueron destinados. En ese mismo documento donde la Gobernación del Magdalena da cuenta de la poca cobertura de salud y la carencia de servicios públicos, puede leerse que durante ese año 2009 se destinaron \$5.446’548.000 (aproximadamente 1’700.000 euros) para el tratamiento de residuos sólidos en los tres pueblos palafitos y \$240’000.000 (unos 77.000 euros) para la adecuación y dotación de puestos de salud.¹¹ Tres años después, los residuos sólidos seguían cayendo directamente a la Ciénaga a través de orificios en el suelo de las casas que sirven como váter y el puesto de salud continuaba siendo una casa abandonada donde los niños jugaban y donde se organizaban reuniones o las “brigadas de salud” para atender a la población.

Las llamadas brigadas de salud son otro buen ejemplo de las prácticas localizadas del Estado. Aunque oficialmente están organizadas por la dirección del hospital, nadie en el pueblo desconoce que se trata de una estrategia con fines electorales: “apenas pasen las elecciones esos por aquí no vuelven”, es la sentencia de un viejo pescador acostumbrado a ver este tipo de comitivas en determinados periodos. En lugar de soluciones adecuadas y definitivas para el problema de la desprotección en salud de la comunidad, las brigadas ofrecen el

espectáculo del simulacro de una atención médica, el espectáculo del simulacro del Estado. En ellas aparece con claridad que *no hay nada* detrás de esa aparente presencia institucional, que no existe un soporte *real* sobre el que esté apoyado lo que allí está teniendo lugar. En otras palabras: que lo real es la práctica localizada del Estado, no su imagen centralizada. Transcribo apartes del diario de campo del día en que una brigada de salud visitó Nueva Venecia, para proyectar una imagen de lo que es este simulacro:

Junio 5 de 2011, Nueva Venecia, Complejo lagunar de la Ciénaga Grande de Santa Marta, Magdalena

Desde la noche anterior empezó el rumor de que hoy vendría una brigada de salud al pueblo. Para hoy mismo estaba también programada una reunión con el candidato a la alcaldía respaldado por el actual burgomaestre. No parecía una simple coincidencia y no lo fue. La lancha donde venían los dos médicos y la enfermera trajo también al candidato. Desde temprano ya había numerosas mujeres con sus hijos esperando en el centro de salud. Muy pocos hombres acuden a estas jornadas y las mujeres sólo lo hacen para llevar a sus hijos, pues rara vez se hacen revisar ellas mismas. Al principio pensé que se trataba de una brigada conformada sólo por pediatras, pero pronto me sacaron de mi error: nunca iban médicos especialistas en esas brigadas, sólo médicos generales. Los hombres del pueblo no asisten a estas jornadas porque lo consideran “una pérdida de tiempo”, ya que tendrían que dejar de pescar ese día para asistir. Envían a las mujeres con sus hijos, en gran medida porque tienen que hacerlo: el Estado les da un subsidio mensual de \$50.000 (aproximadamente 16 euros) por los niños menores de siete años. Para conservar el subsidio, las familias deben hacerles un control regular de peso a los menores. Ese control lo realiza la promotora de salud generalmente yendo de casa en casa, pero durante las brigadas ella aprovecha para realizar una jornada masiva de este control.

El candidato fue el primero en llegar al centro de salud a saludar a todas las que allí esperaban. Necesitaba dejar claro, sin tener que decirlo textualmente, que él estaba al frente de la brigada. Para cuando los médicos llegaron alrededor de las 10 de la mañana, había unas cuarenta mujeres que esperaban, cada una con varios niños. Yo estaba parado afuera del cuarto habilitado para las consultas y en principio no podía presenciarlas, pero algo me llamaba poderosamente la atención: ninguna consulta tardaba más de cinco minutos, incluso aquellas donde entraba una madre con varios niños al tiempo. ¿Cómo pueden unos médicos revisar, diagnosticar y recetar a sus pacientes en tan poco tiempo? Le pregunté esto a la promotora de salud del pueblo. Por respuesta me llevó adentro y me permitió presenciar una de las consultas: los médicos atienden desde una silla, detrás de una mesa de plástico que fue puesta allí para la ocasión. El niño y su madre se paran del otro lado de la mesa y el médico pregunta por los síntomas que tiene el menor. En ningún momento lo examina directamente y entrega siempre las tres mismas medicinas que ya estaban determina-

das con antelación (Acetaminofén para los dolores, Canestén para las infecciones en la piel y Albendazol para los parásitos).

Después de observar estas consultas, comprendí la magnitud de lo que me dijo pocos días antes un pescador, refiriéndose al puesto de salud, cuando lo observábamos desde su casa donde pasábamos la fresca: “es como si no estuviera ahí”. De la imagen del Estado puede decirse lo mismo: *es como si no estuviera ahí*. Su lugar es ocupado por su simulacro.

Legitimidad de las prácticas grises

Una comunidad local se produce en sus prácticas y en los discursos en torno a éstas. Tiene lugar, por un lado, una producción material de lo local a través de las prácticas cotidianas que se llevan a cabo, y por el otro, una producción discursiva de la localidad a través de los sentidos socialmente construidos y compartidos en torno a esas prácticas. Los locales están conectados no tanto por habitar un mismo espacio geográfico como por el hecho de compartir el mismo marco referencial para darle sentido a los fenómenos (prácticas, usos y costumbres) del mundo. Es por esto que la labor de producir localidad muchas veces puede reñir con los criterios que se tienen (desde el centro) para concebir la nación (Appadurai, 1996).

Así, aquello que desde el marco referencial del derecho se concibe como un delito en provecho económico de sus gestores, para las ciudadanía arrocheladas puede ser percibido como una práctica constitutiva de la propia forma de imaginar y construir el Estado y de distribuir los beneficios que provienen de las filtraciones intrínsecas del propio sistema. La corrupción constituye así un elemento incorporado y naturalizado dentro de la economía social local y no una práctica que amenaza la estabilidad del sistema, pues éste funciona en los márgenes precisamente a partir de su propia simulación. La corrupción se naturaliza dentro de los procesos locales de legitimización social como forma de ejercicio y control político (Migdal, 2011, p. 95) y como forma sofisticada del “rebusque”, esa “técnica vidriosa del saber vivir y trabajar con elementos a la mano” (Fals Borda, 1984, p. 25B) que constituye una estrategia fundamental de supervivencia tan propia de las rochelas. Una tarde, mientras observaba una jornada de registro de población desplazada que estaba teniendo lugar en el palafito, empezó una discusión entre cinco pescadores sobre política, lo cual – como ya lo he señalado – era muy normal en aquellos meses previos a las elecciones de octubre de ese año 2011:

Conversación entre habitantes del palafito mientras esperan su turno en una jornada de registro de población desplazada, abril 14 de 2011

A: ... vea primo... yo... un alcalde de Sitionuevo no trabaja... ¿sabe por qué? Si usted llega a trabajar a Sitionuevo, no dura más de un mes, lo mandan a matar pa' más decir... ¿diga primo que no es así?

B: ¿Entonces hay que apoyar a los malos? ¿Hay que apoyar a los malos?

C: A los malos hay que atacarlos... no apoyar al bandido.

B: *párole bolas* (refiriéndose a A):¹² usted para poder hablar como está hablando, usted tendría que decir ‘no joda, yo no voy a votar por ninguno’, entonces usted tiene derecho a hablar, porque no va a votar por ninguno: ‘no joda, este año no voy a votar por ninguno por esto y esto’. Y tiene derecho a hablar y quién le dice lo contrario. Pero si va a votar por uno ahí igual....

A: Por eso le digo: aquí por quien usted vota es la misma vaina.

...

B: Oiga... ¿y el líder del pueblo? Él es el que tiene que hablar esa vaina... el concejal.

A: Aquí no hay concejal.

B: Claro que sí... José ‘Brocha’.

A: José ‘Brocha’ no es concejal de aquí primo, sino de Sitionuevo. Vea, ¿usted lo sacó? ¿Usted sacó a José brocha aquí? Yo no lo saqué, usted no lo sacó. Ese puesto es de Omar Díaz (candidato a la alcaldía) que se lo regaló a él de *ñapa* (añadidura)... No joda, yo apoyo a alguien de aquí [en las elecciones].

B: Claro

C: Que le pueda representar a uno.

A: Yo voto por alguien del pueblo... una vaina que me pueda dar a mí, cien barras [cien mil pesos] que me regale.

B: Vea y cambiar... gente nueva. Los vamos a cambiar y ojalá....

D: A elegir a alguien con compromiso.

C: (a A) Usted va a votar por el mismo pa’ que le vuelvan a robar... usted es marica.

A: Yo voy a votar por alguien de aquí. Puede que robe plata... que le de a uno, ¿no es así? Una vaina que uno vea que está aquí.

E: No elegimos por la plata... elegimos por....

A: ... Por la *pobrecía*....

E: Por lo que vaya a hacer por el pueblo....

C: ... Y la corrupción. Es que nosotros tenemos pa’ sacar, al menos un tesorero en Sitionuevo, en el municipio... pa’ elegirlos nosotros mismos.

A: Vea, tirando dos concejales aquí, hay media tesorería pa'l municipio. Usted con una tesorería aquí, usted va: '¡eche!, un chequecito pa' este *man* aquí'.

C: Claro.

Pausa en la conversación

C: ¿Usted puede votar por ese tipo?

A: después de que me de algo, yo voto por él.

B: Así es que de pronto pueden ganar. ¿Usted sabe cómo gana esa gente otra vez? Por la plata. ¿Ganan por qué? 'No, yo tengo diez votos' – 'Bueno, aquí tiene 500 mil pesos'. Si tú le vas a decir [a pedir cuentas]: 'No joda, ¿qué me vas a decir? Si yo te compré eso'.

A: Si yo tengo diez votos, no es sin compromiso... un puesto. Porque me den 500 mil pesos, en dos días se me van... pero en cambio me llaman, cuatro meses por ahí, me gano dos millones de barras... es mejor, ¿No es así primo?

E: Claro, claro.

Tan válida como la concepción de una estructura vertical racional de organización social lo es la del Estado como una estructura multiforme que funciona precisamente a través de su simulacro. El conocimiento localizado desde el cual se imagina al Estado en los márgenes es acaso menos distorsionado por cuanto está más cerca de la producción cotidiana de ese sistema de organización social que se hace realidad precisamente a través de las prácticas cotidianas de producción de localidad y a través de los puntos locales de resonancia (Farmer, 2004). Estos puntos locales de resonancia son, por ejemplo, los líderes comunitarios que reproducen y alimentan a nivel local este simulacro del Estado.

El líder local o el hombre fuerte no sólo es quien coordina acciones dentro de la propia comunidad sino quien constituye el nexo inmediato entre ésta y el entramado institucional de la región. Como lo he señalado, tal entramado funciona en la delgada brecha que hay entre las leyes y su cumplimiento. Este personaje, por tanto, adquiere la habilidad para operar en ese resquicio, para moverse en la línea (siempre difusa) que en los márgenes separa lo que es legal y lo que siendo ilegal es legítimo. Opera así dentro de lo que Veena Das llama la "ilegibilidad de la ley" (Das, 2007, p. 177). Kevin, un hombre que ha hecho parte de la Junta de Acción Comunal de Nueva Venecia, que ha sido concejal del municipio, que "ahora" (es decir, después de la masacre) es clave en la red clientelista local pues tiene contactos políticos en Sitionuevo y que aspiraba a un nuevo cargo público durante el periodo 2012-2015, es la ejemplificación de

este tipo de liderazgo. Una charla con él en su casa en el palafito permite ver el negativo de la imagen de algunos liderazgos comunitarios en los márgenes.

Julio 16 de 2011

– ¿Sigues actualmente vinculado al trabajo comunitario?

Kevin: Pero Gabriel, pasa esto, y ahí sí no es que sea egoísta sino que tengo 18 años, 19 años que tengo de repetir lo mismo: no tengo nada y por ahí no puedo seguir. ¿De qué me sirve llegar a sesenta años representando a un pueblo pero con las manos vacías?

...

Kevin: Acabo de cambiar de inspector de policía... ya no es L. La otra semana se va a posesionar un muchacho de Sitionuevo porque L. no consultó conmigo hacer un censo y me echaron la culpa a mí. Hizo un censo y sólo metió una parte del pueblo. Un censo de unas compras, unas vainas de la Cruz Roja, eso era pa' todo el mundo, y uno no puede ser egoísta. Yo no comparto eso. Y uno es responsable de un funcionario que coloque uno.

– ¿Tú colaboraste entonces para poner a L.?

Kevin: Sí, el puesto es mío.

Kevin está convencido (porque de hecho es así) que al menos durante la actual administración municipal el cargo de inspector de policía es de *su propiedad* (por haberle puesto un número considerable de votos al alcalde). Esta apropiación particular de la administración y de los bienes y servicios públicos está en la base del simulacro del Estado. Sirve ella para explicar por qué no hay una relación directamente proporcional entre el aumento de la llamada “presencia del Estado” y el mejoramiento de las condiciones sociales de las ciudadanías arrojadas. Dice David Nugent (1994) que el análisis de la dimensión productiva del poder sirve para explicar por qué unas intervenciones expansionistas del Estado tienen éxito y otras no. La expansión será exitosa (o al menos encontrará apoyos locales) cuando el sentido central de la misma complemente una importante serie de relaciones sociales emergentes en la región (Nugent, 1994, p. 357). Dicha expansión se facilitará cuando los puntos de resonancia local del Estado (esto es, los detentores locales del poder) encuentren en esa expansión una forma de extender sus propias redes de control sobre la estructura institucional. La expansión tendrá así lugar sin implicar un mejoramiento en las condiciones sociales locales pero sí un fortalecimiento de las redes clientelistas que sostienen la economía electoral y que son las garantes de las condiciones de gobernabilidad. La expansión del Estado, en este sentido, puede favorecer incluso el propio simulacro y fortalecer a los hombres fuertes locales, quienes finalmente son quienes controlan las redes a través de las cuales los ciudadanos arrojados se beneficiarían de esa expansión estatal.

Es por esto que las prácticas grises adquieren legitimidad en los márgenes. La línea que separa las prácticas locales percibidas como intercambios legítimos de bienes y servicios de las transacciones burocráticas entendidas como corrupción se vuelve borrosa (Sissener, 2001). El lugar del encuentro entre la sociedad y el Estado son todos los escenarios transaccionales que tienen mayor o menor legitimidad en la medida en que producen (o no) beneficios inmediatos para los ciudadanos arrojados. Las ciudadanía arrojadas se construyen entonces en esos límites fluctuantes de acercamiento con el Estado; se construyen en esos espacios donde cuenta más lo legítimo que lo legal, lo inmediato que lo distante. Son ellas sabedoras por experiencia histórica de que el Estado no es un ente fijo sino que es, como lo define Diane Nelson (2004), un cuerpo dinámico (*ecstatic* o *X-tatic*), una fuerza móvil que tiene las características de una pequeña atracción secundaria (*sideshow*), cuya potencia descansa precisamente en su movilidad y en no ser ella el centro de atención. En tanto *sideshow* (que es otra forma de decir en tanto simulacro) el Estado no tiene una presencia constante en los márgenes sino que es percibido a través de intervenciones coyunturales aquí o allá y mediante lo que puede recogerse a través de las filtraciones que le son propias. A su vez, estas ciudadanía arrojadas tampoco son estáticas, ellas también han hecho de la movilidad la forma de adecuarse a la relación particular que sostienen con el afuera de su pequeña comunidad.

Así como para bien y para mal las ciudadanía arrojadas han aprendido a adecuarse a las difíciles condiciones del entorno, de la misma forma han aprendido a moldear sus aspiraciones para que puedan ajustarse al movedizo espacio en el que se interrelacionan con esa forma moderna de organización política y social llamada Estado. Los ciudadanos arrojados han aprendido a no reclamar nada que no sea *razonable* del Estado, esto es, a no esperar transformaciones sociales provenientes de sus acciones sino sólo a aprovecharse del simulacro para procurar obtener pequeños beneficios inmediatos (*un puesto... dos millones de barras*).

Conclusión: ¿Quién ocupa los intersticios?

Paseando sobre las aguas sucias del palafito, entrando en sus casas carentes de servicios públicos, observando a los niños jugar desde temprano en los sardinesles porque no hay profesor en la escuela, viendo a la promotora de salud (que no recibe un sueldo desde hace varios años y cuyos aportes hechos durante décadas al fondo de pensiones no aparecen) tratando de atender con las pocas medicinas que tiene todos los malestares y enfermedades que se van presentando en el pueblo, observando todo esto es fácil caer en la tentación de afirmar el abandono del pueblo y la nula presencia del Estado allí. En efecto, el corregimiento está abandonado en el sentido de que existen numerosas necesidades básicas insatisfechas (los porcentajes de éstas allí superan, con holgura, los promedios nacionales), pero el Estado no está ausente en el sentido literal de

no-estar-ahí, sino que está ahí como simulacro en tanto forma legítima de reproducción del poder en los márgenes.

Sería entonces incorrecto (y poco productivo en términos analíticos) afirmar simplemente que los márgenes son espacios donde el Estado aún no ha penetrado. No son ellas lugares que están a la espera de ser abarcados por el Estado, ni espacios que tienen detenidos sus procesos sociales porque el Estado aún no ha llegado. Los márgenes, por el contrario, son “lugares en los cuales el Estado está continuamente formándose en los resquicios (*recesses*) de la vida diaria” (Das y Poole, 2004, p. 23). Es en esos resquicios donde tiene lugar el simulacro a través de las cuales opera el sistema y donde se halla localizado el punto de encuentro entre las sociedades locales y el Estado.

El Estado no sólo se reproduce a partir de su simulacro sino que también es representado e imaginado a través de prácticas culturales (Gupta y Ferguson, 1992). Desde la organización del transporte para entrar y salir del palafito, hasta la disposición de procesos locales de comercialización del pescado, las prácticas cotidianas de organización social son semblanzas de las que a nivel trans-local son propias del Estado. Éste no sólo es imaginado en los márgenes gracias a los intercambios con representantes de pequeñas instituciones locales, sino que también lo es a través de las propias formas locales de organización y atención de las necesidades cotidianas.

No hay entonces una estructura estatal real para analizar, sino estos efectos de las prácticas locales que hacen prefigurar la existencia de dicha estructura en un más allá de la localidad (Mitchell, 1991). Ese más allá, ese espacio que representa el Estado en tanto abstracción, es imaginado y simultáneamente construido a partir de la organización local del aparente desorden propio de los márgenes. Allí los espacios e intercambios sociales no funcionan mediante una serie de organizaciones modernas que actúan sobre el espacio local de forma coordinada, siguiendo una racionalidad administrativa. Cada pequeña parcela social que se organiza (la venta del pescado, el transporte, la venta local de agua, los mercados “ambulantes” de verdura y carne) lo hace de forma independiente, atendiendo necesidades puntuales. Después las propias prácticas van contribuyendo a realizar los ajustes que sirven para organizar internamente lo que en apariencia es caótico. Se trata de una organización del espacio/tiempo que si bien no es la racional de la imagen del Estado moderno, sí determina hábitos y regularidades que alimentan la imaginación localizada de lo que aquel puede ser.

* * *

Gabriel Ruiz Romero <gruiz@udem.edu.co> es doctor en antropología social de la Universidad Autónoma de Madrid (España). Ha centrado sus indagaciones académicas en la construcción de memoria histórica desde la perspectiva de la antropología de la violencia y en el análisis de los procesos de naturalización de las lógicas violentas del conflicto armado. Trabajó en el *Centre for Conflict*

Studies de la Universidad de Utrecht (Países Bajos) y actualmente es miembro del grupo de investigación de Conflicto y Paz de la facultad de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad de Medellín. Es también investigador y correlator del Informe Nacional de Memoria Histórica sobre víctimas de Minas Antipersonal en Colombia. Unos publicaciones recientes son, CNMH-Fundación Prolongar (2017) (Co-relator), *La guerra escondida. Minas Antipersonal y Remanentes Explosivos en Colombia. Bogotá (Colombia)*, Centro Nacional de Memoria Histórica y Fundación Prolongar; (2017) “Tres veces en la plaza. Escenificación de una ceremonia estatal de perdón público por actos de violencia paramilitar en Colombia”, AIBR, *Revista de Antropología Iberoamericana* 12(1), 9-30; con D. Castaño (2017) “La construcción del discurso contrainsurgente como legitimador del poder paramilitar en Colombia”, *Estudios Políticos* 51, 216-235. <http://dx.doi.org/10.17533/udea.espo.n51a08>

Gabriel Ruiz R.
Carrera 32 # 10-224 Apartamento 202, Edificio Forever
Postal Code: 050021
Medellín - Antioquia
Colombia

Notas

1. Veinte mil pesos colombianos equivalen aproximadamente a 6 euros (según la tasa vigente de cambio en diciembre de 2016).
2. El tarjetón es la tarjeta electoral que en Colombia debe ser marcada por los votantes para seleccionar el candidato de su elección.
3. Parapolítica es el nombre con el que la prensa denominó el proceso judicial que investigó los nexos de la élite política colombiana con la organización paramilitar de ultraderecha Autodefensas Unidas de Colombia (AUC). Como resultado de ese proceso fueron condenados más de 40 congresistas.
4. Los palafitos son construcciones que se levantan sobre el agua o en zonas pantanosas, sobre estacas generalmente de madera.
5. Las elecciones regionales a las que me refiero, donde se eligieron gobernadores y diputados departamentales y alcaldes, concejales y ediles municipales, tuvieron lugar el 30 de octubre de 2011.
6. “Pasar la fresca” le dicen localmente al acto de sentarse en las trojas frente a las casas al final de la tarde para recibir la brisa que a esa hora se levanta desde la Ciénaga Grande. Se trata de un momento cotidiano importante de socialización local, pues es ese momento en que suelen comentarse los sucesos del día, tanto los locales como las noticias que presentó el noticiero televisivo regional y nacional.
7. En el transcurso de todas las conversaciones y discusiones sobre el tema que pude observar, vi a algunas personas que guardaban silencio pero ninguna que se opusiera al sentido de la discusión. Esto no necesariamente significa su aprobación de lo que allí se hablaba, por supuesto, pero en cualquier caso sí es síntoma de cierto consenso social local alrededor del tema.

8. Al poco tiempo de haber comenzado el trabajo de campo pude percatarme de que la mayoría de los pobladores de Nueva Venecia (especialmente los mayores) hablaban de un “antes” para representar el tiempo anterior a la masacre paramilitar y un “ahora” para referirse a la vida en el palafito después del retorno.
9. La masacre de Nueva Venecia hizo parte de la incursión paramilitar en el departamento del Magdalena. Esta incursión tuvo dos facetas: por un lado la penetración territorial militar a través de la estrategia de tierra arrasada, es decir, a través de los asesinatos masivos y desplazamientos forzados de poblaciones enteras, y por el otro a través de la “captura y reconfiguración cooptada del Estado” mediante la cual establecieron alianzas o impusieron directamente a sus fichas en el estamento político departamental. Prueba de ellos son los pactos firmados por paramilitares y políticos del Magdalena (como los firmados en los municipios de Chivolo y Pibijay, en septiembre de 2000 y noviembre de 2001 respectivamente, en los cuales se estableció elegir a José Domingo Dávila Armenta como gobernador del Magdalena (lo cual sucedió) y la elección de los congresistas Dieb Maloof, Jorge Castro, José Gamarra Sierra y Gustavo Orozco, así como varios candidatos para las posteriores elecciones a alcaldías en municipios del departamento (López y Sevillano, 2008, 66).
10. Efectivamente Omar Díaz Gutiérrez ganaría la alcaldía de Sitionuevo. Su elección es un resumen de la forma en que opera la consolidación del poder político en las prácticas del Estado que tienen lugar en los márgenes: luego de que ganara la elección, partidarios del candidato derrotado interpusieron una demanda ante el Tribunal Administrativo del Magdalena por irregularidades ocurridas durante el proceso electoral (concretamente la demanda alegaba que en la cabecera municipal algunas urnas de votación fueron arrojadas al río por representantes de Díaz Gutiérrez). El Tribunal le dio la razón a los demandantes y declaró nula la elección del alcalde. Posteriormente el Consejo de Estado declaró la caducidad de la acción interpuesta por el Tribunal Administrativo de Magdalena y ordenó reintegrar al señor Díaz Gutiérrez como alcalde de Sitionuevo, lo que efectivamente sucedió. En agosto de 2014, siendo ya alcalde en ejercicio, Omar Díaz Gutiérrez fue arrestado acusado de peculado, apropiación de recursos públicos y contratación sin el cumplimiento de los requisitos legales. Durante su gestión, el puesto de salud no se reabrió.
11. El total de la inversión de la que habla el documento es cercana a los cinco millones de euros.
12. En la costa Caribe colombiana la expresión “parar bolas” significa “prestar atención”.

Referencias

- Appadurai, A. (1996). Sovereignty without territoriality: notes for a postnational geography. En P. Yaeger (Ed.), *The geography of identity* (pp. 40-58). Ann Arbor, Michigan: The University of Michigan Press.
- Baudrillard, J. (1978). *Cultura y simulacro*. Barcelona: Kairós.
- Blanquer, J. M., & C. Gros (Eds.). (2001). *Las dos Colombias*. Bogotá: Norma.
- Buur, L. (2005). The sovereign outsourced: Local justice and violence in Port Elizabeth. En: T. Hansen & F. Stepputat. *Sovereign bodies. Citizens, migrants and states in the post-colonial world* (pp. 192-217). Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Das, V. (2008). The signature of the State: The paradox of illegibility. En V. Das & D. Poole (Eds.), *Anthropology in the margins of the State* (pp. 3-33). Santa Fe, New Mexico: School of American Research Press.
- Das, V. (2007). *Life and words. Violence and the descent into the ordinary*. Berkeley: University of California Press.

- Das, V., & Poole, D. (2008). State and its margins. Comparative ethnographies. En V. Das & D. Poole (Eds.), *Anthropology in the margins of the State* (pp. 3-33). Santa Fe, New Mexico: School of American Research Press.
- Fals Borda, O. (1984). *Historia doble de la costa, 3. Resistencia en el San Jorge*. Bogotá: Carlos Valencia Editores.
- Farmer, P. (2004). On suffering and structural violence: A view from below. En N. Scheper-Hughes & P. Bourgois (Eds.), *Violence in war and peace. An anthology* (pp. 281-289). Oxford: Blackwell.
- Foucault, M. (1997). Society must be defended. En P. Rabinow (Ed.), *Ethic. Subjectivity and truth. The essential works of Michel Foucault 1954-1984* (pp. 59-66). New York: The New Press.
- (1991). Governmentality. En G. Burchell, C. Gordon & P. Miller (Eds.), *The Foucault effect: Studies in governmentality* (pp. 85-103). Chicago: University of Chicago.
- Garay, L. (Dir.) (2008). *La captura y reconfiguración coaptada del Estado en Colombia*. Bogotá: Fundación Método, Fundación Avina & Transparencia por Colombia.
- García Canclini, N. (1995). *Consumidores y ciudadanos*. México: Grijalbo.
- Gómez, H. (2000). *El lío de Colombia. ¿Por qué no logramos salir de la crisis?* Bogotá: Tercer Mundo.
- Gupta, A. (1995). Blurred boundaries : The discourse of corruption, the culture of politics, and the imagined state. *American Ethnologist*, 22(2), 375-402. <https://doi.org/10.1525/ae.1995.22.2.02a00090>
- Gupta, A. & J. Ferguson (1992). Beyond culture: Space, identity, and the politics of difference. *Cultural Anthropology*, 7(1), 6-23. <https://doi.org/10.1525/can.1992.7.1.02a00020>
- Gutiérrez, F. (Ed.). (2002). *Degradación o cambio: evolución del sistema político colombiano*. Bogotá: Norma.
- Hansen, T., & Stepputat, F. (2006). Sovereignty revisited. *Annual Review of Anthropology*, 35(1), 295-315. <https://doi.org/10.1146/annurev.anthro.35.081705.123317>
- Lambach, D. (2004). State in society: Joel Migdal and the limits of state authority. Paper for presentation at the conference “Political concepts beyond the nation State: cosmopolitanism, territoriality, democracy”, Danish Political Theory Network Conference, University of Copenhagen, Department of Political Science Copenhagen, 27-30 October.
- Leibniz, G. (2001 [1715]). *Monadología*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- López, C., & Sevillano, O. (2008). Balance político de la parapolítica. *Arcanos*, 11(14), 62-87.
- Migdal, J. (2011). *Estados fuertes, Estados débiles*. México: Fondo de Cultura Económica.
- (1988). *Strong societies and weak States: State-society relations and state capabilities in the third world*. Princeton: Princeton University Press.
- Múnera, A. (2008). *El fracaso de la nación. Región, raza y clase en el Caribe colombiano (1717-1810)*. Bogotá: Planeta.
- Nelson, D. (2004). Anthropologist discovers legendary two-faced Indian! Margins, the State, and duplicity in postwar Guatemala. En V. Das & D. Poole (Eds.), *Anthropology in the margins of the State* (pp. 117-140). Santa Fe, New Mexico: School of American Research Press.
- Nugent, D. (1994). Building the State, making the nation: the bases and limits of State centralization in “modern” Peru. *American Anthropologist*, 96(2), 333-369. <https://doi.org/10.1525/aa.1994.96.2.02a00040>
- O'Donnell, G. (2004). Why the rule of law matters. *Journal of Democracy*, 15(4), 32-46. <https://doi.org/10.1353/jod.2004.0076>
- (1993). On the State, democratization and some conceptual problems: A Latin American view with glances at some postcommunist countries. *World Development*, 21(8), 1355-1369. [https://doi.org/10.1016/0305-750X\(93\)90048-E](https://doi.org/10.1016/0305-750X(93)90048-E)

- Peñuela, V. (2011). *De la genealogía del poder a la estética de la existencia*. Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana.
- Poole, D. (2004). Between threat and guarantee: justice and community in the margins of the Peruvian State. En V. Das & D. Poole (Eds.), *Anthropology in the margins of the State* (pp. 35-66). Santa Fe, New Mexico: School of American Research Press.
- Posada-Carbó, E. (2003). *Ilegitimidad del Estado en Colombia. Sobre los abusos de un concepto*. Bogotá: Alfaomega – Ideas para la Paz.
- Roitman, J. (2004). Productivity in the margins: The reconstitution of State power in the Chad Basin. En V. Das & D. Poole (Eds.), *Anthropology in the margins of the State* (pp. 191-224). Santa Fe, New Mexico: School of American Research Press.
- Sánchez, G., & Meertens, D. (2006). *Bandoleros, gamonales y campesinos*. Bogotá: Punto de Lectura.
- Sissener, T. K. (2001). *Anthropological perspectives on corruption*. (CMIDSHR Working Paper 2001:5). Berge, Norway: Chr. Michelsen Institute Development Studies and Human Rights. Recuperado el 17 de diciembre de 2016. <https://www.cmi.no/publications/file/910-anthropological-perspectives-on-corruption.pdf>.
- Uribe, M. T. (2001). *Nación, ciudadano y soberano*. Medellín: Corporación Región.

